



Festividad de Todos los Santos

(1 DE NOVIEMBRE)

INTRODUCCION.

1. Sabéis que el año sólo tiene 365 días. Imposible ver en la pantalla del martirologio a todos los bienaventurados.
2. De ahí la razón de esta fiesta: ¡Todos los Santos!
3. Desconocemos el número de bienaventurados: «Vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaba delante del trono y del Cordero» (Ap. 7, 9). Allí nos esperan.

I.—CREO EN LA VIDA PERDURABLE.

A) Hoy es día de alegría.

1. La Iglesia nos invita y anima: «Alegrémonos todos en el Señor, en la festividad de Todos los Santos». Es el día de todos los que nos han precedido en la fe.
2. Cristo es la cabeza del Cuerpo Místico. Como todo cuerpo, tiene miembros.
 - a) Unos ya gloriosos: han conseguido el premio del cielo: Iglesia triunfante.
 - b) Nosotros luchamos aún por conseguir un galardón similar: Iglesia militante.
 - c) En el cielo no puede entrar nada manchado, «blancos e inmaculados»: Iglesia purgante.

B) Explicación teológica.

1. A través de estos estados hay mutuo intercambio, mutua comunión o comunicación. ¿Cómo?
 - a) El hilo a través del cual establece la conexión es la *oración*.
 - b) Una corriente invisible, pero latente, que es la *caridad*.
2. Como consecuencia, los santos del cielo nos estimulan y nos favorecen intercediendo ante Dios.
3. Pertenece con toda verdad a la gran familia de Dios: «ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef. 2, 19).

II.—YO HE NACIDO PARA EL CIELO.

1. El cielo es nuestra meta. Para conseguirlo, imitemos la vida de los santos. Tenemos ejemplos para cada uno de nuestros oficios y profesiones: monjes, obreros, sacerdotes, reyes, mendigos, etc.
2. Pensar con frecuencia que nuestra casa es el cielo, donde Dios, nuestro Padre, nos espera.
3. Mirad hacia el cielo, "*respice finem*". Allí está nuestro descanso, nuestra felicidad insospechable y sin fin.

CONCLUSION.

3. Fe, confianza y súplica a nuestros hermanos del cielo. Los santos están para ayudarnos a conseguirlo.
2. «¿Yo para qué nací? ¡¡Para salvarme!!» (fray Pedro de los Reyes). Hemos nacido para un gran destino: «servir y amar a Dios en esta vida y después gozarle en la eterna» (Catecismo). La gloria de Dios y, con ella, nuestra felicidad.
3. Elevad vuestro corazón, con frecuencia, al cielo. Sed fieles y oiréis aquello: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino, preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt. 25, 34).